

The background is a soft, light pink. In the top left corner, there are several red poppies with green stems and leaves. Some petals have fallen, scattered around the main title. In the top right, there is an open brown envelope with a piece of paper inside containing handwritten text in Spanish. In the bottom left, there is a detailed illustration of a silver and black vintage camera. In the bottom right, there is a white plate with a golden-brown croissant and a cup of dark coffee with steam rising from it. A small red heart is also visible near the coffee. The overall style is a soft, painterly illustration.

EMMA GIL

Si fuéramos eternos

Matchstories

EMMA GIL

*Si
fuéramos
eternos*



♡atchstories

1

Lágrimas que siguen ardiendo



Maddie. Hace tres años

Los nervios paralizaban mi instinto, y me impedían hablar. Ese era el efecto que él provocaba en mí. Terror. —He estado trabajando en una nueva historia, ¿sabes? —dije.

Las palabras apenas fueron un susurro entrecortado, pero supe que me había escuchado en cuanto se hizo el silencio absoluto en el coche. Hasta *Smells Like Teen Spirit* de Nirvana que sonaba de fondo en la radio se había terminado. Solo quedó la mirada inquisitiva de mi padre.

Creo que no había nada que me generara más temor que su mirada.

Nunca se sabía qué podía significar.

Era una de estas conversaciones que se acumulaban en mi garganta y que nunca sabía cómo abordar. Hasta que simplemente salían de mí.

—La profe de Literatura dice que se me da bien —continué.

Hice acopio de todas mis fuerzas para que sonara todo lo convincente que pudiera. Aunque yo misma reconocí el temblor en mi voz y había perdido cualquier esperanza de que alguien me escuchara.

Todos me habían hecho perderla.

Por unos segundos imaginé que me ignoraría, que haría como si no hubiera escuchado nada, como hacía siempre que le hablaba de algo mínimamente importante para mí.

Pero eso no fue lo que pasó, aunque, pensándolo detenidamente, ojalá hubiera sido así. Así quizá no habría roto nuestra relación más de lo que ya estaba.

Tenía el defecto de romperlo todo.

—Deberías centrarte en tus estudios. Eso es lo que tendrías que hacer, Madison. Trabajar es lo que te va a dar un techo bajo el que dormir, ya lo sabes. —No lo mencionó, pero las palabras «y no unos libros que nadie leerá» flotaron en el aire. No sería la primera vez—. Mira a tu hermana, es más pequeña que tú y ya parece centrada en sus objetivos. Debes aspirar a eso.

Suspiré con pesadez.

Ya esperaba esa respuesta. No podía evitar compararme con mi hermana.

Para él nunca nada era suficiente. Él quería más, buscaba el éxito. Y eso era una verdad tan dolorosa e inexplicable que a menudo decidía ignorarla. Aunque no siempre podía.

Esa confianza que creía haber ganado se esfumó tan rápido que apenas fui consciente del daño que provocaron sus palabras. Pues en el fondo ya había aceptado que esa sería su respuesta.

Apreté contra mí la libreta manchada de barro y arrugada por todos lados que llevaba sujeta todo el camino, y mi pulso se desbordó. Todas mis ideas, todas mis palabras. Todas mis ilusiones.

Rotas.

De nuevo.

«¿Por qué mis sueños dependen de otros?», pensé al borde de las lágrimas.

«Así es como se forman las pesadillas».

Y, casi como si mi padre leyera mis pensamientos, continuó diciendo:

—Podrías pensar más en tu futuro, Madison. Sé que todavía eres joven, pero es importante. Tienes que aprender a diferenciar entre los sueños y la realidad. Tu madre te metió muchas ideas... erróneas en la cabeza —dijo más serio que nunca, con pesar, como si le doliera esa afirmación.

Tenía los nudillos blancos de apretarlos contra el volante del coche. Como si estuviera decepcionado.

La mención despectiva de mamá lo empeoró todo. Sentí una impotencia mayor al girarme sobre el asiento del copiloto, y comprobar que, ciertamente, seguía impasible ante sus palabras. Que seguía destrozando cada ápice de luz y júbilo a su alcance sin siquiera inmutarse. No le importaba nada, más allá de él mismo.

—No hables así de mamá —fue lo único que fui capaz de decir.

El silencio incómodo se instauró de nuevo y ambos decidimos optar por continuar encerrados en nuestros pensamientos, solo que los míos me llevaban a pensar que había fracasado. Que una vez más mis esfuerzos habían sido despojados y desterrados sin darles la mayor importancia.

Que, después de todo, las chicas del campamento del que estaba regresando no estaban tan equivocadas. Cerré los ojos con fuerza al pensar en eso, pero una lágrima rodó por mi mejilla antes de que pudiera impedirlo.

Mi mirada se deslizó por la ventanilla, por donde ya se podían apreciar las numerosas urbanizaciones y preciosas casas que formaban nuestro barrio alrededor de una gran arbolada.

Estaba en casa.

Decidí alejar los pensamientos que me asfixiaban y pensar en mi regreso, lo único que a estas alturas me llenaba de emoción. Llevaba una semana fuera de casa, prácticamente encerrada en un desesperante campamento de verano al que iba todos

los años, y la única emoción, además de la rabia, que cabía en mí a estas alturas eran las ansias por volver.

Para volver a verlo a él.

Me imaginé que cuando llegara a casa se lo contaría todo. Toda la conversación con mi padre y, por supuesto, le ahorraría los detalles del campamento, no quería que supiera que el resto de mis compañeras no me querían ni ver y de hecho me despreciaban.

No quería que supiera que, si no fuera por él, estaría sola.

«Podría ser amiga de cualquiera, ¿por qué querría ser amiga de alguien como tú?».

Crucé las puertas de mi casa a toda velocidad en cuanto llegamos y subí con torpeza a mi habitación cargando con las pesadas maletas. Mi hermana pequeña dibujaba distraída sobre la mesa del comedor y apenas se percató de mi presencia, y mi padre ni notó mi ausencia cuando me largué de allí.

En cuanto mis pies se posaron frente al jardín que rodeaba la preciosa casita de la familia de Aaron y lo vi, me invadió una sensación de completa plenitud. Mi pecho se sacudía con fuerza por la adrenalina de haber corrido hasta allí.

Mi mejor amigo me miró entrecerrando los ojos en cuanto me vio y se me abalanzó sin previo aviso. Caímos sobre la fina capa de hierba que bordeaba los alrededores, y, aunque su entusiasmo nos hizo rodar un par de metros, me sostuvo en un gran abrazo en todo momento.

—Me estás aplastando —murmuré riendo sin apenas respiración.

Aaron se apartó de mí y apoyó la cabeza sobre el delicado césped. Lily, su madre, nos echaría una buena bronca si supiera que le estábamos destrozando su cuidado jardín.

—¿No te parece que has vuelto muy pronto? —preguntó con una mueca en los labios y un falso hastío que me levantó una

sonrisa. Sus mejillas se volvieron rosadas en cuestión de segundos y cambió la postura a una más seria—. Espero que no pienses que te he echado tanto de menos. Esto ha sido... un intento de asesinato fallido. La asfixia es un poco compli...

—Yo también me alegro de verte —le interrumpí, con una sonrisa de lado—. Aparte, sé cuándo mientes, Miller.

Puse los ojos en blanco.

Su risita llenó el lugar.

Los dos nos levantamos y me sacudí los hierbajos que se impregnaban en mi ropa. Entonces alcé la vista y lo vi, observándome como si me viera por primera vez.

Aquel azul, como el océano, brillaba tantísimo en sus ojos.

—¿Cómo ha ido todo?

«¿Cómo había ido todo?».

Había sido horrible, pero me esforcé muchísimo por sonreír.

Hacía unos minutos había corrido a toda velocidad entre las calles que nos separaban, sin detenerme en ningún momento. No paré hasta que reconocí la famosa y distintiva puerta azul de los Miller.

Me moría de ganas por contarle todo, y al mismo tiempo se me hacía un nudo en la garganta al pensar en todo lo que le quería ocultar. No quería que él me viera como lo hacían aquellas chicas.

Suspirando me dejé llevar y solté las cuerdas del nudo, pero no mencioné nada del campamento. Esos días necesitaba olvidarlos y me llevaría a la tumba lo vivido si hacía falta.

Dejé que él me escuchara en silencio mientras yo me ahogaba un poco al hablar porque iba acelerada y siempre me había costado un poco expresar cómo me sentía. Las palabras simplemente se atascaban dentro de mí.

Mi padre había tomado por costumbre menospreciarme en apenas un pestaño, y no era el único, por eso no era fácil contar todo aquello sin desarmarme un poquito por dentro. Pero para aquella chica de catorce años, era complicado comprender que no era su culpa.

No había nada de malo en ella.

Solo había demasiadas personas con el corazón ennegrecido a su alrededor.

—No le hagas caso, Maddie. El problema es que tu padre está tan encerrado en sí mismo y en las sombras esas demoniacas que parece que lo rodean siempre que no es capaz de ver la... luz que hay a su alrededor.

«¿Yo soy la luz?».

«Entonces, ¿por qué me siento como si fuera la sombra?».

Las palabras de Aaron me reconfortaron un poquito y no pude evitar que mis labios se curvaran durante un instante.

Un instante muy corto.

—Ya no es solo papá, Aaron —dije de manera atropellada y las imágenes del campamento se sucedieron en mi mente. Las aparté al momento. Dolían demasiado—. Yo... creo que no le caigo bien a nadie, es como si mi presencia espantara a la gente.

—Eso no es cierto, no creo que sea posible.

«Podrías ser amigo de cualquiera, ¿por qué querrías ser amigo de alguien como yo?».

Esa frase llevaba rondando por mi mente unos días, pero jamás se la mencioné en voz alta.

Sin embargo, sus palabras me calaron y, en aquel instante, lo supe. Supe que si algún día perdía al chico de ojos azules y pelo alborotado que me sonreía desde el portal de su casa, lo perdería todo.

Valoraba mi amistad con Aaron casi tanto como mis libros. A quién quería engañar, para mí era mucho más que eso.

Era un salvavidas.

—Oye, ¿y qué hay del campamento? No has dicho nada todavía de eso.

La sonrisa se me borró al instante. Al momento me arrepentí, pues si se percataba de que algo había salido mal me seguiría preguntando sin cesar y quería evitarlo a toda costa.

—Pues nada, un campamento como el de todos los años, solo que esta vez no has estado tú.

Intenté que sonara lo más indiferente posible, y si lo logré o no siempre sería una duda, pues le cogí de la mano y tiré de él en dirección a su casa.

Aaron vino el año pasado al campamento conmigo, pero este había sido diferente. A este había ido sola, y no pensaba volver jamás.

—¡La puesta de sol, Aaron! Nos la vamos a perder.

Cambié de tema por completo; me pareció una buena excusa, y funcionó. Su mirada se iluminó al instante.

Entre risas y empujones nos adentramos en su pequeña y acogedora casita corriendo, casi como si nos faltara el aire y lo buscáramos con desesperación. Subimos las escaleras a trompicones hasta que llegamos a la buhardilla y, con ansias, abrimos la ventana que se cernía sobre el tejado.

Como ya era tradición, nos subimos sobre él, y simplemente observábamos.

Las manos y piernas me temblaban cada vez que veníamos a este lugar; el pánico a las alturas me aterrorizaba, pero las vistas eran tan increíbles que merecía la pena.

La compañía también.

Nos quedamos embobados ante los colores anaranjados del atardecer que se escondían por el horizonte y daban paso a una preciosa noche.

—Prométemelo —le susurré.

—¿Que te prometa qué exactamente? —me preguntó, y frunció el ceño, sin entender a qué me refería.

Separé mi mirada del cielo y me fijé en su perfil, ese que tantas veces había observado en ese mismo lugar, en mi casa las noches que se quedaba a cenar o incluso en el pupitre en el que se sentaba en clase y que tuvieron que separar de mí porque éramos un torbellino sin descanso.

«No nos callábamos ni con grapas en la boca».

—Prométeme que nunca te vas a separar de mí. Que, si un día nos enfadamos, volveremos a encontrarnos, a pesar de todo. Prométeme que siempre volverás.

Aaron me miró por encima del hombro y no pudo aguantarse la risa.

—¡Pues claro que no me voy a ningún lado, tonta! Cuando logremos salir de aquí será juntos. —Siguió carcajeándose él solo y después devolvió su mirada al cielo y suspiró, ya sin un ápice de risa—. Pues entonces hazme tú también una promesa.

Su voz fue apenas un susurro y el leve aire que hacía aquella noche de verano me erizó la piel.

—Bueno, eso depende, ¿qué me ofreces? —le rebatí yo con una amplia sonrisa.

Él me lanzó una mirada asesina, así que, aunque me costara en el alma, lo traté con toda la seriedad que pude.

—Está bien, adelante, dime.

—Prométeme que nunca dejarás que nadie apague tu luz, Maddie. Que no permitirás que te hagan daño. Ni siquiera yo. —Sus ojos azules se oscurecieron. Aaron bajó la vista.

Sus palabras me afectaron mucho más de lo que jamás admitiría. Como si de solo pensarlo las mariposas de mi estómago fueran estranguladas. Sin embargo, volví de nuevo mi mirada hacia el cielo ya casi consumido por las estrellas y susurré:

—Te lo prometo.

Hicimos muchas promesas esa noche, promesas que deseábamos poder cumplir.

Y, aun así, las rompimos todas.

Amapolas, ¿rojas o rotas?



Maddie. Actualidad

—¿Q-que has hecho qué?
Todos cometíamos errores, pero lo que ella
había hecho esta vez no tenía perdón de
nadie.

—Llevas casi un año ignorándolas, guardándolas en una caja como si no existieran, te tienes que olvidar ya de ellas. ¡Ni se te ocurra responderle! Espero que no le hayas escrito. —Mi hermana terminó su discurso hiperventilando y se cruzó de brazos. Me escudriñó con la mirada y dejó clara su indignación.

Mi mirada voló de inmediato a la pequeña caja de madera sobre mis estanterías. Esa caja que había sido incapaz de tirar, y que, además, había llenado de cartas. Cartas que me gustaría haber tenido el valor para arrugar, quemar o simplemente olvidar. Pero era totalmente incapaz.

—Sabías perfectamente lo que significaban esas cartas para mí, sabías que eran lo único que me quedaba, y, aun así... has tenido el valor de romper la última que me quedaba por leer.

La voz se me rompió al final. Clavé mi mirada en la niña de quince años que me observaba arrepentida desde el marco de la puerta de la habitación.

Estaba furiosa por lo que había hecho. La había visto, había visto como cogía la carta de ese mes, de agosto, y la destrozaba dejando solo pedacitos de ella. Pero sentía que no podía culparla del todo. Aunque ella no lo admitiera, sabía que Lizzy había estado un tiempo preocupada por mí y por mis ya habituales y profundas ojeras. Como siempre, le resté importancia a todo eso.

Aunque la presión en el pecho no me dejaba apenas respirar.

Ya le envié una vez una carta, pero nunca obtuve una respuesta. Solo que eso mi hermana no lo sabía, claro.

Aunque me costó horrores, se la di a mi padre con la esperanza de que la dejara frente a la casa de los Miller, pues yo tenía la entrada vetada.

La esperanza debería estar prohibida.

Me avergonzaba tanto de aquel momento que jamás fui capaz de desvelárselo a nadie, aunque tampoco era que tuviera a quién confesárselo.

Me senté sobre la cama de mi habitación, no porque estuviera cansada, sino porque no iba a permitir que viera como apenas me podía mantener en pie. Mis piernas temblaban como si hubiera un terremoto bajo la suela de mis zapatos.

—Maddie, yo... Lo siento, de verdad. Solamente pensé... Vale no, no pensé nada en realidad. Fue una estupidez, lo sé. Pero también sé qué deberías deshacerte de ellas. —Mi hermana señaló de nuevo la cajita que de pequeña pinté de amapolas, y que con el paso del tiempo había pasado de verse de un rojo eléctrico a adquirir un tono apenas visible.

Pero me seguía encantando, como desde el primer día.

Aunque no sabía qué habría en aquella carta destrozada, sí sabía que sería totalmente en vano. Como el resto de las veces. Iba a ser una más en la colección, supuse.

—Sabes que no puedo —respondí con la voz queda.

Y era consciente. Tanto ella como yo sabíamos que, si tiraba esas cartas al agua, bucearía hasta encontrarlas de nuevo; que si

las rompía en mil pedazos buscaría hasta el último trocito y las reconstruiría desde el principio.

¿Por qué? Porque cada una de esas cartas las había escrito, firmado y llenado con imágenes Aaron Miller, y si tuviera valor las quemaría todas en el infierno.

Pero no podía.

Antes de que Liz se marchara le pregunté en un último suspiro de esperanza:

—Entonces, ¿qué decía?

—No te preocupes por eso, tú solamente deshazte de ellas, no merecen la pena.

Cuando mi hermana se marchó de mi habitación con la cabeza cabizbaja, mis pensamientos me devoraron por dentro, como si hubieran estado esperando el momento oportuno para atacarme.

«¿Por qué no las tiraste?».

«Si te hubieras olvidado de ellas esto no estaría pasando».

«¿Y si esta vez era una respuesta a todas mis preguntas?».

«No».

Decidí que no era momento de seguir atormentándome por algo sin importancia, algo que ya tenía superado.

Me lo repetí como un mantra hasta que fui consciente del dolor que me estaba provocando a mí misma sobre mi piel. Miré la marca de mis uñas alrededor de mi muñeca y, totalmente impasible, apoyé mi cabeza sobre la almohada. Noté como los párpados luchaban por mantenerse abiertos, pero, a los pocos segundos, acabaron por ceder.

Caí en un profundo sueño, un sueño cargado de atardeceres y amapolas, de risas y escondites. Un escenario se sucedió en mi mente. Un telón rojo sangrando y los gritos de una muchedumbre. Hasta que noté una fina lágrima recorriendo mi mejilla, y supe que estaba perdida.